

Ironía, escepticismo, cinismo

John Christian Laursen

John Christian Laursen es profesor de Filosofía en la Universidad de California (Riverside). Estudiante de la teoría política y de la historia del pensamiento, sus obras más recientes son *The Politics of Skepticism in the Ancients*, Montaigne, Hume and Kant (1992), *Continental Millenarians: Protestants, Catholics, Heretics* (2001) y *Histories of Heresy in Early Modern Europe: For, Against, and Beyond Persecution and Toleration* (2002).

Ironía, escepticismo, cinismo: ¿existe alguien que sepa qué significan estas palabras? Me lo pregunto porque creo que son de la clase de palabras que todo el mundo usa según su antojo. Ironía puede ser utilizada para querer decir paradoja, sátira, sarcasmo, invectiva, coincidencia, tragedia, y más. Escepticismo puede indicar duda, negativismo, incertidumbre, sospecha, pesimismo, oposición, nominalismo, ateísmo, etc. Cinismo es un término más restringido: suele expresar hipocresía, egoísmo, manipulación, y otras indicaciones de mal carácter. Además, para la mayoría de las personas estos tres conceptos no son virtudes, sino malas cosas.

En este ensayo me propongo hacer dos cosas. Una es aclarar un poco el sentido histórico de estas palabras para ayudar a que mis lectores vuelvan a usar las palabras en un sentido menos equívoco. Si una palabra significa todo, no significa nada. Si se puede justificar un sentido más definido, se puede contribuir a un vocabulario más claro. Y otro propósito es reconsiderar la valoración negativa de estos conceptos, mostrando cómo y cuándo pueden ser virtudes en vez de pecados.

También quiero centrarme en el uso de estas palabras en la filosofía política. Aunque los conceptos clave tradicionales del lenguaje de la política son palabras como igualdad, derecho, propiedad, contrato y democracia, un sentido más amplio de la política sugiere que conceptos como ironía, escepticismo y cinismo sí que son clave para el análisis y la actuación de la vida política. Todo el mundo sabe que estos conceptos han desempeñado un papel importante en la literatura. Me gustaría convencer a los lectores de que considerar seriamente la filosofía política implica contemplarla desde el punto de vista de estos tres conceptos.

Ironía Empezando con la ironía, reto a los lectores a dar una definición clara y distinta que la distinga de la sátira, la paradoja, el sarcasmo y cuasi-sinónimos semejantes. En mi experiencia, la mayoría de las personas definen la ironía como una especie de sátira, y definen la sátira como una especie de ironía. Quizás decimos que la reconocemos cuando la vemos, pero no siempre es verdad. A veces podemos dudar de si algo es una ironía o no, y lo que es una ironía para uno puede ser una opinión seria para otro. Ello es una señal de que no tenemos muy claro todo este conjunto de conceptos. Y tampoco lo tienen muy claro los filósofos ni los filólogos. Vamos a ver que están muy divididos.

La ironía tiene una larga historia. Se ha dicho que Sócrates era uno de los primeros y mejores irónicos. Pero ya con él empiezan los problemas. ¿Qué quiere decir Sócrates con su ironía? Justo los primeros diálogos socráticos de Platón son los que más se dedican a la ironía y los que acaban con mayor ambivalencia, sin un mensaje claro. Los diálogos tardíos tienen un mensaje más claro, incluso dogmático, pero no son muy irónicos. Parece que la ironía pelea con el mensaje, y la más pura ironía no tiene un mensaje.

Algunos han sobreentendido que la ironía y la sátira siempre tienen un propósito positivo. El poeta inglés John Dryden concluyó que la sátira romana servía siempre como vehículo de la filosofía moral, atacando los vicios y apoyando a la virtud. Wayne Booth, especialista en retórica, dedicó la mayor parte de su libro sobre la ironía (*A Rhetoric of Irony*, 1974) a los usos positivos de la misma, cuando la ironía destruye alguna posición en defensa de otra. Pero al final tenía que admitir que existe otra ironía, que él llamó «ironía inestable», que ataca no sólo al enemigo y al vicio, sino también a uno mismo y a la virtud. Y no podía explicarla.

Esta última es la que otros han llamado ironía negativa. Hegel acusó a Schlegel, y Kierkegaard acusó a Sócrates de una «negatividad absoluta e infinita» por su ironía. A veces, escritores irónicos, como el famoso viajero Fernão Mendes Pinto (*Peregrinação*, 1614), no han dejado nada fuera del alcance de su ironía. Todo puede ser atacado y tirado al suelo por una ironía a veces tan sutil que uno no sabe si es ironía, y que otras veces es feroz. Thomas Mann expresó este sentido de la ironía para el siglo xx cuando dijo (*Betrachtungen eines Unpolitischen*, 1918) que la ironía «está lejos de estar al servicio de los ideales... Sobre todo, es una ética completamente personal, y no social». Desde su punto de vista, «ironía siempre es ironía contra los dos lados», y por tanto «melancólica y modesta». ¿Podemos vivir con ello?

Ya en las últimas décadas del siglo xx, el filósofo Richard Rorty ha sugerido (*Contingency, Irony, and Solidarity*, 1989) que la ironía es la posición propia de los intelectuales en su vida particular. Deben ser buenos liberales en la vida pública, apoyando la democracia, los derechos humanos y las reglas del derecho. Pero pueden jugar con la ironía en su vida particular, reconociendo que todo lo bueno puede ser «redescrito» como malo, y todo lo malo puede ser «redescrito» como bueno. Pregunto otra vez: ¿podemos vivir así?

Si vamos a vivir con ironía la vida particular, debemos saber dos cosas. Una es si es verdad que podemos aislar nuestras vidas particulares de nuestras vidas públicas, como quiere Rorty. Como muchos, tengo dudas sobre esto. Temo que las ironías de nuestra vida particular infecten nuestra vida pública. Entonces la segunda pregunta es ¿cómo puede afectar la ironía a la vida pública, y cuál es el mejor tipo de ironía para estos propósitos?

Sí que se puede utilizar la ironía positiva para atacar a los malos, pero notamos que la ironía positiva también puede ser utilizada en un sentido completamente hipócrita. Por ejemplo, había todo un género de libros de pornografía en China donde el prefacio afirmaba que nadie lee este tipo de cosa por gusto, sino sólo para saber qué evitar en la vida. Así se redescrive algo para justificarlo.

Imaginemos que todo lo que hay en la vida pública puede ser redescrito. Entonces la democracia no es la democracia, los derechos no son derechos, las leyes no son leyes. La tiranía no es tiranía, la tortura no es tortura, la crueldad no es crueldad. Hemos visto lo que puede resultar de este modo de pensar en todos los siglos.

Pero la ironía negativa no justifica nada. Thomas Mann la utilizó para atacar no sólo a los nacionalistas militantes de su país durante la Primera Guerra Mundial, sino también para atacar la soberbia de los ingleses y franceses por presumir de que ellos estaban defendiendo la civilización sin motivos egoístas. La ironía negativa no deja ningún lado triunfante.

Quizás, si vamos a tener ironía en nuestras vidas públicas –y parece que hay bastante hoy día–, es mejor tenerla en tanto ironía negativa. Por lo menos no puede ser muy hipócrita, porque se aplica tanto a uno mismo que como a su enemigo. No justifica grandes proyectos para mejorar el mundo, pero tampoco justifica grandes faenas.

Volviendo a la primera pregunta, vamos a suponer por un momento que se puede aislar la vida pública de la vida particular y limitar la ironía a la vida particular. La ironía positiva nos permitiría redescubrir todo lo que no nos gusta como malo, y todo lo que nos gusta como bueno. La razón estaría al servicio de nuestras pasiones, como dijo David Hume. Por lo menos no tendría efectos malos en la vida pública, pero en la vida particular podríamos caer bastante en una vida sin autodisciplina y autocontrol, esclavos de nuestras pasiones.

¿Y si vivimos con la ironía negativa en la vida particular? Si Thomas Mann tiene razón, sería una vida melancólica y modesta. Voltaire nos aconsejó retirarnos a una casita para cuidar un jardín, y eso es lo que hizo Mendes Pinto después de sus viajes. Ni publicó su gran obra, que salió a la luz décadas después de su muerte. Otra vez, vemos que uno que vive así no va a causar grandes daños al mundo, pero probablemente no va a resolver nuestros problemas tampoco. Puede ser que haya algo de ironía en este resultado de nuestras investigaciones.

Escepticismo Hasta no hace mucho, el escepticismo se asociaba más que nada con la duda religiosa. Para algunos, esto es algo bueno y para otros, malo. Pero en su larga historia ha sido mucho más que eso. Los antiguos escépticos rechazaban cualquier dogma, sobre todo los dogmas filosóficos. Una escuela, los pirrónicos, decía que seguía las prácticas de Pirrón de Elis, aunque nuestra fuente más importante son los escritos de Sexto Empírico. En ellos, Sexto explica que los escépticos pirrónicos construyeron argumentos de igual valor para los dos lados de cualquier asunto (*isosthenia*), suspendieron su juicio sobre qué lado tenía razón (*epoche*), y descubrieron que esa suspensión les proporcionaba tranquilidad (*ataraxia*). Como la tranquilidad era el fin sobreentendido de toda la filosofía helenística, podrían ofrecer su práctica como la mejor manera de lograrla.

Acusados de caer por precipicios por no decidir si en realidad existían precipicios, los pirrónicos dijeron que vivían según las apariencias sin saber si de verdad había precipicios o si de verdad es malo morir. Por costumbre, y no como dogma, tenían cuatro reglas: 1) vivir de acuerdo con la naturaleza, 2) vivir según sus impulsos (*pathe*) como hambre y sed, 3) vivir de acuerdo con las leyes y costumbres de su localidad (que se interpretaban incluyendo la religión de su lugar), y 4) escoger un trabajo o profesión (*techne*). Vivir según costumbres no quiere decir que sean costumbres buenas o correctas, pero hay que tener algunas pistas para vivir. Pirrón dijo que nada es justo o injusto, o bueno o malo, por naturaleza, y que entonces tenemos que vivir según otras pistas.

La otra escuela de escépticos decía provenir de la Academia de Platón. La idea era que Sócrates sólo había atacado a los otros filósofos, sin proponer sus propios dogmas. Los diálogos tardíos de Platón afirmaban dogmas, pero de Platón y no de Sócrates. Carneades y Arcesilao eran los filósofos más conocidos de esta escuela, y Cicerón los presentó a Roma en el diálogo *Academica*, añadiendo que ésta era su escuela. Los Académicos también construyeron argumentos para las dos partes (*en utramque partem*) para hacer difícil decir cuál tenía razón. Carneades fue expulsado de Roma por consejo de Catón por argüir un día en favor de la justicia, y al siguiente en contra. Arcesilao recomendaba vivir según el *eulogon* (lo razonable) y Carneades lo refinaba al *pithanon* (lo creíble), que Cicerón tradujo como *probabile*, ancestro de nuestro «probable». Estos conceptos eran criterios para vivir en ausencia de la verdad.

Si los escépticos de las dos escuelas no pueden llegar a la verdad, ¿cómo pueden vivir en la vida política? Sus enemigos dijeron que tenían que ser conservadores, no atreviéndose nunca a decir que nada es bueno ni malo en la política. Pero Sexto Empírico comentó en su

Contra ethicos que un escéptico podría tomar posición si, por ejemplo, un tirano le ordenara matar y comerse a su padre. Podría obedecer o no obedecer (y aguantar el castigo) según las costumbres y sus impulsos naturales. Así que si la costumbre de su familia o de su pueblo era resistir frente a los tiranos, o le instigaba un impulso valeroso, podría resistir al tirano como un héroe. O si nunca había conocido una costumbre de resistencia o era un cobarde, mataría a su padre. Podría sufrir cuando matara a su padre y ya no lo tuviera, o podría sufrir por el castigo que le impusiera el tirano. La diferencia entre él y un dogmático radicaba en que él no sufriría por pensar que el tirano y el mundo son injustos, que él mismo había sido un cobarde o un asesino, etc.

Muchas personas dirán que no se puede depender de un escéptico en casos de peligro de muerte semejantes. Pero pregunto: ¿seguro que se puede depender de un dogmático? ¿Acaso nunca ha habido cobardes dogmáticos? Y pregunto además: ¿quieren todos los padres que sus hijos sean héroes en semejante situación? Tendrán hijos heroicos pero muertos. Sabemos que eso era lo que los espartanos preferían. Pero ¿y nosotros? Quizás algunos preferirían morir para que sus hijos sobrevivieran. Mejor hijos vivos y escépticos que héroes y muertos.

Ser escéptico en el sentido clásico no significa que un individuo no vaya a hacer nada. Significa que va a vivir según su educación en las costumbres y leyes de su ambiente y de su profesión, y según impulsos naturales. Su vida política va a seguir las rutas de su experiencia y de lo que le parece bien en cualquier momento, sin saber seguro que lo que hace es lo que debe hacer de verdad.

A veces la literatura imaginativa expresa mejor lo que sería una vida vivida según las filosofías del mundo. Jose Maia Neto (*Machado de Assis: The Brazilian Pyrrhonian*, 1994) ha descrito al autor brasileño Joaquín María Machado de Assis como «el brasileño pirrónico». En sus novelas, como *Bras Cubas* (c. 1880) y *Dom Casmurro* (1899), el protagonista suele ser un miembro cultivado de la clase hacendada, sin mucho que hacer ni mucho que creer. Por una parte, no causa problemas en el mundo, como algunos fervientes convencidos tales como Hitler o Stalin. Por otra parte, tampoco resuelve los problemas. Al igual que con la ironía, parece que no se puede esperar mucho del escepticismo. Por eso el filósofo inglés Michael Oakeshott, en un libro póstumo de título *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism* (1996), dijo que nos conviene tener algo de las dos posturas, convicción y escepticismo. En este artículo sólo pretendo destacar que hace falta escepticismo; no quiero decir que debe haber sólo escepticismo.

Pregunto ahora: ¿acaso lo que hemos comentado es tan ajeno a la mayoría de las personas de hoy? Quizás estemos muchos viviendo la vida escéptica. Y si estamos muchos viviendo la vida escéptica, ¿no sería mejor admitirlo? ¿No convendría estudiarlo y saber cuáles son las implicaciones? ¿Y admitir este vocabulario del escepticismo en nuestras vidas políticas? Las cosas que no se pueden hacer en una vida política escéptica incluyen el matar y el morir por la verdad, por la raza mejor, o por la nación idealizada. Se puede matar o morir, pero siempre reconociendo que puede que no se tenga razón. ¿Habrán menos violencia en el mundo por eso?

Cinismo «Cinismo» es entre los términos considerados el que tiene hoy un sentido menos positivo, aunque no siempre ha sido así. Suele usarse para describir a un político que dice diferentes cosas a diferentes públicos, un hombre de negocios que destruye su compañía con tal de sacar un beneficio personal, un amigo falso que manipula a sus amigos. En español se dice «cínico» en el mismo sentido que en inglés se dice «cynical bastard».

Pero no siempre ha sido así. El cínico original, Diógenes de Sínope, no era un inmoralista sino un moralista. Criticaba a los burgueses de su época por su materialismo, su hipocresía, y sus deseos excesivos. Vivía en un barril, vestía con ropa vieja, y cuando Alejandro el Grande le preguntó si quería algún favor, le pidió que no le tapara el sol. No valoraba los bienes materiales u honores que podía darle el gran conquistador. Insistía en que era posible ser independiente si uno tenía necesidades mínimas. Fue uno de los más conscientes individualistas del mundo antiguo.

Diógenes fue seguido por muchos. Su escuela era una filosofía anti-filosófica que valoraba la vida práctica más que las ideas abstractas. Los cínicos valoraban la *autarkeia* (independencia), la *philanthropia*, la *apatheia* (ausencia de pasiones), la *parrhesia* (libertad de expresión), y la vida *kata phusin* (de acuerdo con la naturaleza). Eran *kosmopolites* sin las pasiones violentas de los nacionalistas. Rechazaban la mayoría de las costumbres burguesas según la metáfora: «¡desfigura las monedas!» Quería decir que los valores (las monedas) de la sociedad materialista deben ser rechazados y reemplazados por valores más naturales y libres.

Entre las más famosas costumbres de Diógenes estaba la de hacer todas sus necesidades naturales en público. ¿Por qué tenemos vergüenza de defecar en la calle y no de comer en público? ¿Por qué no masturbarse, que es mucho más barato y más fácil que persuadir o pagar a una mujer o a un joven para tener relaciones sexuales? En parte por poner a los perros como modelos de vivir sin vergüenza, llamaron a esta secta «los cínicos», que en griego significa «los perros».

Sus enemigos acusaban a los cínicos de horrores como el de apoyar el canibalismo y el incesto. Sin embargo, puede ser que lo que dijeran es que si sólo quedaran vivos una madre y un hijo y todo el resto de los seres humanos estuvieran muertos, esa pareja debería reproducirse para mantener el género humano. Es una ética práctica, que contradice a las éticas absolutistas que dicen *fiat etica pereat mundus* (que se mantenga la ética aunque se pierda el mundo). Es una ética proto-feminista, como en su llamada a que las mujeres deben hacer gimnasia en público y desnudas como los hombres, o en el ejemplo del matrimonio de iguales entre Crates e Hipparchia.

Aunque Diógenes vivía sin participación en la vida política, otros cínicos sí que asumieron papeles políticos. Bion de Boristhenes era consejero de Antígono Gonato, rey de Macedonia, y Cercidas de Megalópolis negociaba con él para conseguir su apoyo contra los espartanos. En uno de los fragmentos del último, se queja sobre las desigualdades sociales. Sin las connotaciones del comunismo, el cinismo ha sido llamado la filosofía propia de la clase obrera. Otros cínicos en la vida pública son Demonax y la oposición cínico/estoica al Imperio romano. Epicteto escribió con mucha admiración sobre un cínico ideal.

Hace unos años Peter Sloterdijk escribió un libro (*Crítica de la razón cínica*, 1989) que distinguía el cinismo moderno, con todo su egoísmo e hipocresía, del cinismo antiguo. Hablaba del valor de la risa cínica para restar mérito a muchos dogmas. Concluía que sería mejor volver al antiguo cinismo, y que fue el cinismo moderno lo que debilitó tanto a la República de Weimar que cayó bajo el fascismo. Sirva su libro para recordarnos la conveniencia de no confundir el sano cinismo antiguo con el cinismo moderno y enfermizo.

Mientras la ironía negativa y el escepticismo no resuelven problemas, como hemos visto, el cinismo sí que tiene un programa positivo, aunque paradójicamente es un pro-

grama de autocontrol, moderación y austeridad. Ahora, pensemos sobre dos tipos de problemas en el mundo moderno, la falta de igualdad y la contaminación del medio ambiente. Considero sobreentendido que todos los países pobres quieren acceder al nivel de consumo de los países ricos y también que el ser humano no puede seguir consumiendo los bienes del mundo a la velocidad de los países ricos. Tantos vehículos deportivos y tanto uso de gasolina van contaminándolo todo, pero además, vamos a acabar con el petróleo dentro de 30 o 40 años, según algunos cálculos. La China es un ejemplo: más de mil millones de personas que quieren consumir y están estropeando su país a un ritmo impresionante. España y Portugal tenían la oportunidad de crear sistemas de transporte público en las últimas décadas, pero en vez de ello han cruzado los países con autopistas. A mí me parece que sólo un cambio en la mentalidad de consumo podría salvar al mundo de una catástrofe ecológica. Pero, ¿cómo podemos disminuir el deseo de consumo tanto en los países pobres como en los países ricos?

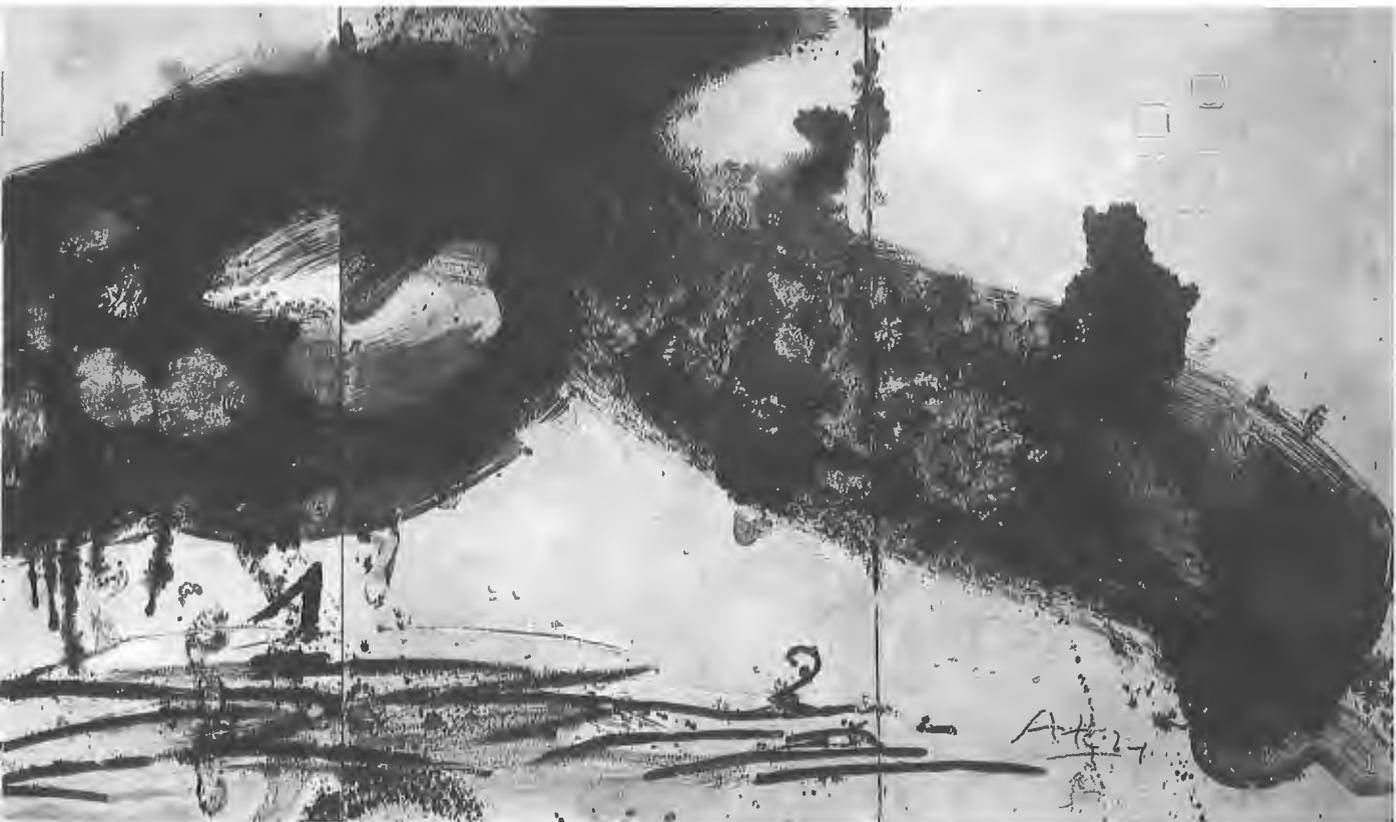
Este proyecto va a ser muy difícil, porque casi toda la historia moderna del ser humano es la historia del aumento de su consumo. Eugene Anderson (*Ecologies of the Heart*, 1996) ha mostrado que la mayoría de las filosofías profanas no tienen muchos recursos para defender el medio ambiente, y ha argüido que sólo las religiones tienen bastante poder sobre la gran mayoría de las personas para controlar su consumismo e instigarles a proteger el medio ambiente. Lo malo es que en este momento parece que lo que queda en el mundo moderno de los sentimientos religiosos está dedicado a la guerra entre las grandes religiones. Pero quizás el cinismo tiene algunos recursos en favor del medio ambiente que podrían ser aprovechados para campañas de publicidad y de educación ideológica.

Por ejemplo, «El Cínico» de Pseudo-Luciano es un diálogo en defensa de los cínicos que puede suministrar pistas para los Verdes. Cuando el portavoz del consumo dice que Dios o los dioses han dado todos los bienes del mundo para que el ser humano se aproveche de ellos y no viva igual que un perro, el cínico responde que Dios no nos ha dado las cosas para desperdiciarlas, sino sólo para satisfacer nuestras necesidades. Cuando pedimos más, tenemos que preocuparnos sobre complots y peleas, amigos contra amigos, hijos contra padres, mujeres contra maridos. Todos los lujos de los que uno disfruta más que otro son leña para la traición y el homicidio. Apelando a valores marciales, dice que el materialismo y los lujos hacen suave y débil al hombre que debe ser fuerte y macho. Señala que los más ricos no son los más contentos, pero sí los que más se quejan. La sociedad de consumo no está basada en la razón ni en la filosofía, sino en hábitos y costumbres que pueden ser cambiados si existe la voluntad de cambiarlos.



Vemos que la ironía no es la única que hace uso de la redescrición: los cínicos redesciben todo lo que llamamos placer, comodidad y lujo como exceso, abuso y actos contra la naturaleza. Vemos que los cínicos se aprovecharon de una panoplia de argumentos contra la sociedad del exceso y en favor de la simplicidad. Ahora bien, no sé si los argumentos son bastante para parar nuestra sociedad de consumo. Puede ser que sólo una catástrofe o tragedia de proporciones inmensas pueda defender al ser humano de sus propensiones destructivas. Pero si las ideas pueden importar de alguna manera y ayudar al ser humano a evitar semejante catástrofe, las ideas y prácticas de los cínicos antiguos pueden ser parte de la solución. Y seguramente no basta que se las transmita en las clases de filosofía, sino que también hace falta que se las transmita en la literatura, el cine, y la cultura ampliamente entendida.

Ironía, escepticismo, cinismo. Espero haber planteado preguntas que hayan aclarado un poco el sentido de estas palabras. Espero que estas preguntas y algunas de sus respuestas, aunque inadecuadas, hayan insinuado que estos conceptos no sólo han tenido un papel importante en la literatura histórica, sino que deben tener un papel importante en la filosofía política. Pueden proveernos de recursos valiosos en la búsqueda de una sociedad más sana.



Antoni Tàpies:
Gran nudo
(1982)